

## BETILOLEN Y ALGO MAS

Enrique Guiter

La consulta de los diccionarios etimológicos puede reservar sorpresas.

Buscando algo en el “Dictionnaire étymologique de la langue latine” de Ernout y Meillet (París, 1967), nuestra mirada encontró el artículo siguiente, que traducimos al español:

“**Betilolen** - *herba personacia*. Palabra céltica según Ps. Apul. 36, 24”. Así pues, el testimonio es del siglo IV de nuestra era.

“*Betilolen*” no aparece en los diccionarios latinos usuales (tales como el Quicherat y Chatelain); en cambio vemos en éstos *personacea* (o *personata herba*), que sería la bardana.

El vocablo retuvo nuestra atención, porque le hallábamos un aspecto vasco. Nos recordaba un artículo del diccionario d’Azkue:

“**Betilora** (*ms*- Lond.), *siempreviva*, *immortelle* (Bot.)”. La planta indicada así no es la bardana; pero un latinista no es forzosamente un buen botanista. El sentido de *betilora* es literalmente “siempre en flor”, y el término *beti* “siempre” nos había saltado a la vista en seguida.

La mención de *betilolen*, con un sentido verosímilmente idéntico, nos encamina hacia un problema de etimología, que se presenta bajo una nueva luz.

Tradicionalmente se admite que el vasco *lore/lora* “flor” es un préstamo del romance, y representa el latín *flore*. (cf. Azkue, art. *lore*; Lhande, art. *lor*). Sin embargo un hecho es extraño: ninguna de las dos lenguas romances vecinas del vascuence, que tuvieron una gran tendencia a la eliminación de la *f*-, tiene por resultado *lor*; el castellano conserva *flor*; el gascón presenta *flu* en la mayor parte del dominio y *ehlu* en algunos puntos centrales (cf. Atlas Linguistique de Gascogne, París, 1970). Resulta claro que la eliminación de la *f* se vuelve más difícil por el hecho de que la espirante está integrada en un grupo *fl*. En castellano la palabra parece tomada de un dialecto más oriental,

puesto que *fl* no va representado por *ll*. En gascón, cuando la *f* se vuelve *h*, su articulación exige la prótesis d'una *e*. Así pues, no se puede decir que la relación entre *lore* y *flore* no topa con objeciones.

Ahora bien, la confrontación de *betilolen*, con fecha del siglo IV, presentando una *n* final de valor genitivo o locativo, con el moderno *betilora* nos conduce hacia otra explicación. El vascuence conoció en la Edad Media el paso a *r* de la *l* intervocálica. Este fenómeno es atestado por el tratamiento de los préstamos latinos (*borondate* de *uoluntate*) o de las palabras antiguamente conocidas del fondo vasco (*iri* de *ili*); así pues, resulta muy regular que un antiguo *lole* dé un moderno *lore*, que, desde entonces, no tiene nada más que ver en el latín *flore*.

La designación de la "flor" con vocablos que presentan dos *l* y una vocal velar intercalada, como *lole*, no está desconocida por otro lado: en albanés encontramos *lule*, y el griego moderno ha substituido con *louloûdi* el antiguo *ánthos* de la Koiné.

La repetición de *l* también se encuentra en el otro nombre vasco de la flor, *lili*. Este parece menos general que *lore*; según Azkue, "en labortano llaman *lili* la flor del maíz, del castaño y del nogal; todas las demás son *lore*". Lhande pone el vasco *lili* en relación con el latín *lilium*; también pensamos que se trata de un préstamo, pero no forzosamente viniendo del latín. Según Ernout y Meillet, *lilium* "parece proceder, como el griego *leírion*, de una lengua mediterránea (copto *hrêri*, *hleli*). La azucena aparece con frecuencia en las decoraciones cretenses de época minoena". Esta opinión va confirmada y precisada por Chantraine (*Dictionnaire étymologique de la langue grecque*. París, 1974): "la palabra, como el latín *lilium*, es tomada de una lengua del Mediterráneo oriental. Cualquiera que sea el origen del vocablo, este nombre vuelve a hallarse en copto *hrêli*, *hlêli*, egipcio *hrr-t*; además, varios nombres de la flor: bereber *ilili*; hetita *alel*, genitivo *alilax*..." ¡Está olvidado el vascuence!

El hecho de que la vocal tónica sea una *i* larga en las lenguas clásicas aparta, según pensamos, la idea de que la voz pueda ser autóctona en vascuence: todas las vocales de las palabras vascas pasadas al romance tuvieron el tratamiento de las vocales breves del latín. El vascuence *lili* verosíblemente fue tomado, pero no del latín; se puede que lo haya introducido la invasión ibérica. A decir verdad, palabras de este tipo no aparecen frecuentemente en las inscripciones ibéricas: notamos (*kue*)*lile* casi en el mismo contexto como (*kar-koe*) *lole*.

En resumen, el encuentro de *betilolen* nos hace presumir que el nombre antiguo de la flor en vascuence era *lole*, pasado a *lore* por el juego normal de la fonética; luego, no hay que relacionar *lore* con el latín *flore*. Al contrario, *lili* parece un préstamo de una fuente extranjera, de donde también provienen el latín *lilium* y el griego *leírion*.

\*  
\*   \*   \*

La busca de palabras a las cuales el mismo diccionario no atribuye etimologías indo-europeas (limitándonos de momento a las iniciales A, B y C), nos conduce al examen del artículo:

“**cussilirem**: *pro ignauo dicebant antiqui*, P.F. 44, 6. Sin otro ejemplo, y sin explicación”. La referencia P.F. significa *Paulus ex Festo*. *Paulus* era un diácono del siglo VIII; compendió la obra, perdida en parte, que escribió en el siglo III *Sextus Pompeius Festus*; pero este autor ya se refería a los “antiguos”.

Esta vez, el vocablo es el objeto de un articulito en el diccionario de Quicherat y Chatelain:

“+**cussiliris**, arcaico *Fest. holgazán*”. La palabra es reputada “arcaica” pero ¿qué significa exactamente “arcaico” para un gramático del siglo III? En todo caso, no hay testimonio más antiguo. Quicherat la atribuye a *Festus*, sin precisar al intermediario *Paulus*, y le construye una forma nominativa, mientras que Ernout y Meillet nos dieron la forma acusativa, la sola que aparezca en el texto.

*Cussiliri* no parece sacado del fondo latino, pues el latín no ofrece otro ejemplo del grupo inicial *cuss-*.

Así pensamos y en lo que podría ser en vascuence moderno *gutxi irisi* “satisfecho de poco” “que satisface poco”; esto cubriría no sólo el sentido de “holgazán”, sino también las otras acepciones de *ignauus*: ocioso, flojo, estéril, inútil, cobarde...

Fonéticamente, pasando de la lengua antigua a la moderna, la *k* inicial había de sonorizarse en *g*; la geminada *-ss-* quizás era la menos mala adaptación gráfica de *-tx-*; la *l* intervocálica se ha vuelto *r*; la *-s-* intervocálica antigua habrá participado del rotacismo latino, el carácter apico-alveolar de *-s-* facilitando el paso.

\*  
\*      \*

Cuatro vocablos relativos al reino vegetal están presentados como préstamos tomados por el latín: *adarca*, *arinca*, *arista*, *caria*.

“**adarca**, **-ae** (*adarce*, *-es*) f.:

espuma de caña, gr. *kalamo-chnoûs*, planta parásita empleada en medicina; cf. Plin. 16, 167; 20, 241; 32, 140. Palabra gala, pero sin duda pasada a Plinio por el intermediario del griego *adárkes*, *-ke*”.

Verificamos la referencia al griego en el diccionario Chantraine:

“**adárke**, **-es**: f. ou *adárkes*, *-ou* m., *ádarkos*, *-ou* m., depósito salado en las cañas de un paúl. También se llama según Plinio H.N. 32, 140 *kalamoch-*

*noûs*. Etim.: Idéntica al latín *adarca*; la palabra viene finalmente del galo, cf. irl. *adarc* cuerno”.

Si buscamos el vocablo en el diccionario Quicherat et Chatelain, hallamos:

“**adarca**, ae, Plin. 32, 140 y *adarce*, es, f. Veg. 5, 47, 2, especie de espuma que se pega a las cañas”.

El testimonio del irlandés *adarc* “cuerno” para hacer de *adarca* “espuma de caña” un préstamo galo, no tiene mucho valor probatorio. En efecto, el galo (del cual conocemos directamente muy poca cosa), pertenece a la segunda ola céltica, la ola galo-britónica, y no a la primera, la ola gaélica, como el irlandés. Y las tres lenguas sobrevivientes de la familia galo-britónica, bretón *korn*, córnico *corn*, galés *corn*, presentan el vocablo del fondo indoeuropeo. El irlandés *adarc*, sin parentesco indo-europeo, no puede ser sino un préstamo tomado de la lengua preindoeuropea con que había topado la primera ola céltica, es decir el vascuence.

Efectivamente leemos en el diccionario de Azkue:

“**Adar**: 1º rama. - 2º cuerno. - 3º pie de catre, silla. - 4º borrasca. - 5º manga de agua. - 6º respiradero en la boca del horno. - 7º nudo de árbol. - 8º filón, vena de minas...”

**Adarke**: 1º cornamenta. - 2º ramaje.

**Adarki**: 1º leña de ramas, en contraposición de *ondoki*, leña del tronco. - 2º material de cuerno”.

Desde su sentido primero de “rama”, *adar* también tomó el de “cuerno”, con derivados en *-ke* o *-ki* que dan cuenta de los préstamos irlandés, griego y latín.

Se entiende que, con el sentido de *ramaje*, pueda designar algo bastante mal definido, que adhiere a las cañas, sea una planta parásita, sea un depósito salado.

En español subsiste *adarce* designando la espuma del mar que forma costra con los objetos a que se pega. El Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana, de J. Corominas, no hace mención de esta palabra. No le conocemos correspondientes en las otras lenguas romances.

\*

\* \*

“**Arinca**, -ae f.: especie de trigo. Palabra gala (o ligur)? Cf. Plin. 18, 81, *ex frumentis arinca Galliarum propria, copiosa et Italiae est*”.

El género del cereal es precisado por el diccionario Quicherat y Chatelain:

“**arinca**, ae f. (palabra gala) Plin. 18, 92, petit épeautre”.

Los nombres franceses de “petit épeautre” o “engrain” parecen corresponder al español *escanda* (*triticum monococcum*). Es un cereal poco exigente, que crece de prisa, pero cuya espiga es muy ligera.

Se piensa en el vascuence “**arin**: 1º ligero, 2º pronto” y “**aringa**: ligeramente, prontamente”.

Recuerda los dos caracteres de la escanda, su crecimiento rápido hasta en condiciones difíciles y la ligereza de su espiga.

El paso de *-nk-* a *-ng-* es normal en vascuence.

\*  
\*      \*

“**Arista**, -ae f.: barba de espiga y espiga [con barba]; tardíamente espina de pescado. El final de *arista* recuerda el de *agresta*, *genista*, *lepista*. Sin duda se trata de un préstamo o una antigua voz indígena”.

Contrariamente a las precedentes, esta palabra es muy usada, y el diccionario corriente presenta sus acepciones múltiples:

“**arista**, ae (los representantes romances provienen de *arista* o *aresta*) f. Varr. barba, punta de la espiga. - Virg. espiga de trigo. - Ov. Stat. espiga en general. - Claud. verano, año. - V. Fl. hierba silvestre. - Varr. pelo del cuerpo. - Aus. espina de pescado”.

En vascuence se encuentra el vocablo bajo su forma *aresta*:

“**aresta**: 1º agramiza, aresta, parte leñosa del lino. - 2º broza en el ojo”.

Es posible que la voz vasca sea un préstamo tomado del latín o del romance; pero, si se admite esto, el misterio de la introducción en latín queda inexplicado.

La descendencia romance figura en varios diccionarios etimológicos.

En francés, Bloch y Wartburg no suben más alto que el nivel latino:

“**Arête**. Lat. dialectal *aresta*, lat. class. *arista* (que vive todavía en fr. prov.) “barba de espiga” y “espina de pescado” (Aus., siglo IV). El sentido de “barba de espiga” sobrevive en galo-romance, pero con poca extensión. Ital. *resta*, con los dos sentidos”.

En español encontramos un artículo del D.C.E.L.C. de J. Corominas:

“**Arista**, del lat. vg. *aresta*, lat. *arista*, ‘arista de la espiga’, ‘espina del pescado’. 1ª doc.: J. Ruiz, *arista* en la *Crónica de San Juan de la Peña* (S. XIV).

El lat. *arista* parece haber sido palabra de origen extranjero, acaso etrusco; la vacilación entre *i* y *e* debe explicarse por este origen, como en el caso de

*genesta* junto a *genista*. Todos los romances tienen formas procedentes de *aresta*, salvo el sardo, el engadino, el piemontés y el franco-provenzal...”

El “Dizionario etimologico italiano” de C. Battisti y G. Alessio ofrece dos artículos, *aresta* (I, 281) y *resta* (V, 3233):

“**Aresta** f., ant., s. XIV; ‘arista de la espiga’; lat. tard. *aresta* por *arista*, de área romance occid. mientras *arista* es conservado por el sardo y el calabr. El final que recuerda el de *genista* (y *genesta*) denuncia esta voz como un resto mediterráneo, verosíblemente del mismo radical que *arinca* espelta, centeno, palabra que Plinio dice *Galliarum propria*, pero que por el sufijo se revela ligur preindoeuropea. El significado de ‘espina de pescado’ es tardío”.

El segundo artículo *resta* no nos trae nada más; confirma: “La voz recuerda el final de los fitónimos tomados del substrato, cuales *genesta*, *lepes-ta*”.

La confrontación de estos artículos resulta instructiva.

Todos se acuerdan en que una expresión de los autores antiguos tal como *Galliarum propria* no significa que la palabra sea tomada del galo u otro idioma céltico. El término *Gallia* podía extenderse a toda la parte occidental del Imperio: la Prefectura de las Galias comprenderá Galia, Bretaña, España y Marruecos.

Los autores italianos, buenos conocedores ambos de las lenguas itálicas antiguas, eliminan la teoría etruscista de J. Corominas. Para ellos la voz es “tomada del substrato”, “preindoeuropea”, “ligur”.

A decir verdad, “ligur” no nos enseña nada. Por los autores antiguos sabemos que existió un pueblo ligur; pero nada sabemos de su lengua, que algunos imaginan indoeuropea, otros, preindoeuropea, sin poder proporcionar demostración alguna, porque no se tienen textos.

Retengamos preindoeuropea y substrática, dos calificativos que convienen a la lengua vasca.

\*  
\*      \*

“**Carensis**: - *pistoribus a caria, quam Oscorum (Afrorum R) lingua panem esse dicimus*, Glos. Plac. V 14, 26 y 26, 16. Forma única y poco segura, de que se acerca osco *karanter* ‘uescuntur’ y el nombre de la diosa *Ceres*, cf. Serv., G. 1, 7, *Sabini cererem panem appellant*”.

La entrada del diccionario etimológico es un adjetivo; lo que más nos interesa es el sustantivo *caria* “pan” de que deriva, y que aparece en la glosa de Luctatius Placidus, gramático del siglo VI.

En los diccionarios usuales encontramos *Carensis* con el sentido de “ve-

cino de Cares, ciudad de la Tarraconesa”, adjetivo diferente del que nos interesa aquí. De *caria* no vemos ninguna mención.

Pensamos en la palabra vasca *garia* “el trigo”, con la sonorización regular de la *c-* inicial.

Hay que notar que el vocablo vasco a veces aparece en composición bajo la forma *gal-*; podríamos juzgar que *gari* corresponde a una forma antigua \**gali* con rotacismo ulterior de la *l* intervocálica. Pero *gal-* también se encuentra delante de vocal, luego en posición intervocálica (ejemplos: *galale* ‘grano de trigo’; *galandi* ‘trigo barbudo’; *galazi* ‘siente de trigo’;...); y *gal* y *gari* pueden alternar en posiciones idénticas (ejemplos: *galnagosi* y *gari-nagosi* ‘trigo mayor’; *galmotz* y *garimotz* ‘trigo chamorro’; *galzuri* ‘escanda’ y *garizakar* ‘trigo barbado’; ...): esto quita mucha fuerza a la objeción.

\*  
\*       \*

Así pues, el recorrido rápido de algunas páginas de un diccionario etimológico del latín nos enseña palabras desprovistas de etimologías indoeuropeas, pero emparentadas con vocablos vascos.

Dos explicaciones parecen posibles: bien se trate de préstamos de época imperial, bien sean voces substráticas. Hay que reconocer que, en la mayoría de los casos, los testimonios son tardíos; pero las palabras estudiadas pertenecen a un vocabulario humilde y tenían poca suerte de aparecer en la lengua noble de los escritores mayores.

